

*gilles
deleuze*

[IRISAS]

FUERA DE CONTEXTO

editorial
Cactus
20 años



Título: *[risas] fuera de contexto*
Autor: Gilles Deleuze

Traducción y notas: Pablo Ires y Sebastián Puente

Diagramación y corrección: Manuel Adduci
Impresión: Virá Servicios Gráficos Multimedia

1ra. edición – Buenos Aires, octubre de 2023

IMPRESO EN ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA

www.editorialcactus.com.ar
info@editorialcactus.com.ar

[*índice*]

- 3 • [*cómo leer*]
- 13 • [*padre del aula*]
- 17 • [*stand up comedy*]
- 27 • [*encuentros / desencuentros*]
- 35 • [*vino tinto y sustancia*]
- 45 • [*diván*]
- 49 • [*ocupaciones*]

- 55 • Referencias bibliográficas

ADVERTENCIA

Los fragmentos de Gilles Deleuze que se presentan en *[risas]. fuera de contexto* en su primera edición castellana corresponden a los cursos dictados en la Universidad de París VIII en Vincennes entre 1959 y 1987, recopilados en la Serie Clases de Editorial Cactus en estos últimos 20 años.

La presente edición fue preparada en base a las grabaciones y desgrabaciones existentes en el idioma original. La traducción, corrección y notas fueron íntegramente realizadas por Cactus.

Al pie de cada fragmento, se indica el curso y la página correspondiente, con la referencia bibliográfica en la última hoja de este libro.

Solo se introdujeron los cambios estilísticos necesarios para adecuar el registro oral al escrito permitiendo una lectura fluida del texto. Toda vez que fue posible, optamos por conservar los rasgos de oralidad propios de las clases.

[*cómo leer*]

Yo abogo por relaciones moleculares con los autores que leen. Encuentren lo que les gusta, no pasen jamás un segundo criticando algo o a alguien. Nunca, nunca, nunca critiquen. Y si los critican a ustedes, digan: “De acuerdo” y sigan, no hay nada que hacer. Encuentren sus moléculas. Si no las encuentran, ni siquiera pueden leer. Leer es eso, es encontrar vuestras propias moléculas. Están en los libros. Vuestras moléculas cerebrales están en los libros, y es preciso que encuentren esos libros. Yo creo que nada es más triste en los jóvenes en principio dotados que envejecer sin haber encontrado los libros que verdaderamente hubieran amado. Y generalmente no encontrar los libros que uno ama, o no amar finalmente ninguno, da un temperamento... y de golpe uno se hace el sabio sobre todos los libros. Es una cosa rara. Nos volvemos amargos. Ustedes conocen la especie de amargura de ese intelectual que se venga contra los autores por no haber sabido encontrar a aquellos que amaba... el aire de superioridad que tiene a fuerza de ser tonto. Todo eso es muy enojoso. Es preciso que, en última instancia, solo tengan relación con lo que aman. (S, 171)

*

Sería muy bueno saber la *Ética* de memoria. ¡Apréndanla de memoria! [risas] Aprender Kant de memoria no tiene ningún sentido, no sirve de nada. Aprender Spinoza de memoria sirve para la vida. En cada situación de la vida ustedes se preguntan: “¿A qué proposición remite esto?”. Siempre hay una en Spinoza. Puede servirles mucho. (S, 154-155)

*

Finalmente, espero que lo que acaba de decir Comtesse sea que, gracias a Dios, Spinoza seguramente no dijo todo. Solo está Hegel para poder decir todo [risas]. Pero comprenden, uno no dice todo cuando no está en Alemania [risas]. Spinoza no dijo todo, entonces. Pero es muy elocuente. ¡Una obra de arte! A condición de tratar las obras de arte como algo vital. (S, 448)

*

Un reaccionario muy bien es alguien que detiene lo que pasa en un cierto momento y dice: “Ah, no, no... acá nos detenemos, basta... después de esto ya no hay nada”. ¿Los conocen? Son encantadores, por otra parte. “¡Esto se para acá!”. Por ejemplo, hay muchos enamorados del canto gregoriano que son así: “Después del canto gregoriano no hay nada, es una decadencia, una lenta decadencia”. Y luego hay quienes dicen: “¡No, después al menos estaba Mozart!” [risas].

No hay que reírse, porque hubo de eso en la filosofía. (P, 272-273).

*

¿Tienen preguntas que me permitan no avanzar? [risas] (F1, 106)

*

Es contradictorio para ti. Tienes todo el derecho de pensar que esto no funciona. Yo considero que funciona. Si piensas que no funciona, hay entonces dos posibilidades: o bien soy yo el que no funciona en lo que digo sobre Foucault, o bien es Foucault el que no funciona. Preferiría que pienses... no sé qué preferiría [*risas*]. Creo que tienes derecho, pero que podríamos hablar largo rato, no nos convenceríamos. (F2, 186)

*

El siglo XIX, nos dice Foucault, descubre el espesor de la vida, el espesor del lenguaje. Pensar es constituir espesores. Ya no es exponer todo, ya no es en absoluto desarrollar, desplegar, sino plegar, hacer nacer una profundidad. Y así como emplea constantemente la palabra espesor, empleará casi como un sinónimo la palabra “hueco”. Hay un espesor del lenguaje, y hay también un hueco del lenguaje. El espesor y el hueco funcionan en Foucault como sinónimos. ¿Por qué? Son dos resultados del pliegue. Plegar es dar espesor. Es muy simple, ¿ven? Pliego esto así... [*se escucha que pliega un papel*] Así yo pienso [*risas*]. Pero pienso a la admirable manera de los clásicos, y ustedes no se han dado cuenta pero acabo de probar la existencia de Dios [*risas*]. (F2, 284)

*

¿Cuál es, por ejemplo, el encanto de este lugar? Yo no soy, sin embargo, una prueba viviente de ese encanto. Lo que ha salvado a París 8, a mi modo de ver, ha sido una suerte de fidelidad de ruptura. A pesar de todo, a pesar de todo lo que ha pasado, no se ha hecho un retorno, un retorno fundamental a lo que llamaría el siglo XIX. No me sucede muy a menudo ir a examinar una tesis en otra facultad... Justamente, porque hablo mal de los colegas [*risas*]. Pero cuando voy a examinar una tesis a otra facultad, tengo la impresión muy viva... no es una metáfora en mi cabeza, tengo la impresión como un pez que evalúa una proporción de sal, es una cuestión pulmonar... tengo la impresión de ser transportado al siglo XIX. ¡Es muy curioso! Se han

resubjetivizado en el modo siglo XIX [*risas*]. Han hecho una resubjetivación muy curiosa, con floreos retóricos ante los que me pregunto: “¿Pero de qué están hablando?!” Es un lenguaje que había desaparecido, no es siquiera el lenguaje que tenían mis maestros. Es un lenguaje anterior, un lenguaje mucho más cercano a Victor Cousin [*risas*]. ¡Es muy curioso! (F3, 146)

*

Quisiera hacer filosofía a la manera de las vacas, rumiando [*risas*]. (C2, 18)

*

Hago una especie de confesión frente a ustedes, ustedes me perdonarán. Cuando pienso en mi destino, me pregunto: ¿qué he hecho los otros años, qué hago desde hace diez años? ¿Desde hace diez años hago el payaso! [*risas*] Hago el payaso. Y ustedes lo saben, por eso es que vienen tantos. No digo que vengan a reírse. Evidentemente no. Si vienen, es que les interesa. Pero es espectáculo. ¡Es espectáculo! Por otra parte, hay una prueba: hablo frente a grabadores. Hablo frente a una mitad de humanos y una mitad de grabadores. A veces se dividen en dos, hay humanos y grabadores, a veces no hay humanos y hay grabadores... [*risas*] Es espectáculo. Entonces hay quienes vienen a ver la cara que tengo, yo miro también la cara que tienen [*risas*] y luego hablo sin parar, sin parar, pongamos por dos horas, dos horas y media, y después estoy reventado y ustedes están completamente agobiados. Es del nivel de Sylvie Vartan [*risas*]. No digo que esté mal. Para mí todos estos años han sido formidables, realmente muy, muy formidables. Yo estaba contento, ustedes estaban contentos, todos estábamos muy contentos. Encontrábamos cosas, y yo siempre he pensado que un curso implica una colaboración entre aquel que habla y aquellos que escuchan, y que esa colaboración no pasa forzosamente por la discusión. Más aún, muy rara vez pasa por la discusión. A los tipos a los que les sirve algo que escuchan, les sirve generalmente seis meses después y a su manera, en un contexto completamente diferente. Lo toman, lo transforman, y todo eso es

también una maravilla. Lo que jamás pude obtener son reacciones. Pude obtener objeciones, que siempre me resultan dolorosas e insoportables, pero no reacciones en las que un tipo me diga: “Olvidas tal dirección en la que se podría ir a ver”. Ese sueño estaba siempre un poco en mi cabeza. (C2, 19-20)

*

Si ustedes rechazan mis condiciones, no es cuestión de que las aplique autoritariamente. Evidentemente, solo podré aplicarlas de manera solapada [risas]. Si no aceptan estas condiciones ¿qué me quedará por hacer? Evidentemente, me veré forzado a renunciar a mi proyecto, al que tiendo como a mi vida... no a mi vida a secas, sino a mi vida espiritual, a mi vida mental, que es la mejor. Si ustedes siguen siendo tan numerosos, volvemos a la payasada –con todo respeto–. De nuevo debo hacer el payaso, de nuevo debo hacer mi número. Entonces para vengarme les hablaré de... no sé... de Descartes y de Kant [risas]. Ustedes se lo habrán buscado. Y después les haré exámenes escritos [risas]. Se lo habrán buscado. Se habrán buscado un gran curso. Y a aquellos que no sepan de memoria el *cogito* en Kant les rechazo el u.v. [risas]. ¡Lo haré! ¡Y quiero un anfiteatro! Moriremos todos allí, nos volveremos amarillos, ciegos... Pero haré lo que ustedes quieran. (C2, 22-23)

*

De modo que la filosofía es la materia en la cual todo el mundo tiene opinión. Saber si Dios existe. Siempre se puede hablar de eso en el momento del postre [risas]. Cada uno tiene un parecer sobre una pregunta así, cada uno tiene algo para decir. En cambio, sobre la fabricación de calzados somos mucho más prudentes porque tememos decir tonterías. Pero sobre Dios no tememos decir tonterías. Es por lo menos curioso. (C2, 23)

*

Buena pregunta. Llamo “buena pregunta” a cualquier pregunta a la que puedo responder, “mala pregunta” a toda pregunta a la que no sé responder [*risas*]. Muy buena pregunta. (C2, 38)

*

No puedo responder [*risas*]. No quiero decir que la pregunta sea mala, pero está muy lejos de aquello en lo que estoy actualmente. Y comienzo a arrepentirme seriamente de haber abordado esta cuestión [*risas*]. Quiero decir, es muy complicado para mí actualmente poder responderle. ¿Sí? ¡Piedad! [*risas*] No sabía que había tantos astronautas... Verdaderamente les hubiera hablado de otra cosa... [*risas*] (C2, 421)

*

[...] animarse a decir que Descartes se equivoca en la perspectiva en la que él se sitúa y relativamente a los problemas que plantea... Ciertamente no quiero golpearlos, pero no es para menos [*risas*]. Si fuera un maestro del budismo zen, querría darles con uno de esos bastones en el culo [*risas*]. ¿Se dan cuenta de lo que dicen? Decir que Hegel se equivoca, que Descartes se equivoca, que Platón se equivoca, o bien no quiere decir nada, es un sinsentido, o bien –discúlpenme todos la brutalidad– es una estupidez. ¿Por quiénes se toman? Es espantoso escuchar cosas así. (C2, 422)

*

[...] la gran literatura es la cosa más divertida del mundo, y es por eso que escribir es una alegría. Quiero decir que escribir es siempre literalmente una manera de reír. Y entonces lo que hace la diferencia entre los lectores es que, por una parte, hay quienes no saben esta verdad elemental. Entonces, como suele decirse, “se toman todo en serio” [*risas*]. Eso es una catástrofe. Produce a los que lloran leyendo a Beckett o a Kafka [*risas*]. (C2, 492)

*

Comprenden lo que hizo Leibniz: conservó el principio de identidad para regir las esencias y lo posible, y llevó al infinito el principio de identidad para regir lo existente. ¡Es formidable! Quisiera comunicarles algo de mi entusiasmo [*risas*]. (C2, 586)

*

Bueno, no siempre vamos juntos, ¿no? A veces puede ser que ustedes estén relativamente satisfechos conmigo y yo no esté para nada satisfecho conmigo. Aquí estoy muy satisfecho conmigo [*risas*]. (C3, 142)

*

Intervención: ¿Puedo hacer una pequeña observación idiota?

Deleuze: No, ahora. En dos minutos haces la observación idiota [*risas*]. Tengo la esperanza de que ya no haya razón para que la hagas [*risas*]. (C3, 479-480)

*

[*discutiendo con Comtesse*] Entonces son dos vías, tú añadiste una. Pero de todos modos yo no estoy seguro de que sea obvio que el acto de ficcionar del que hablo esté subordinado a los aspectos que tú llamas los más profundos.

Comtesse: Eso está en el film...

Deleuze: ¡No, escucha, ahí te digo que no! Ese es tu argumento favorito: “Eso está en los filmes”. Es el argumento stalinista que me repugna. [*Comtesse continúa hablando. Inaudible*] No, escucha, detente, estamos

retrasados... Me hace este truco todo el tiempo... No puedo más... Lo hizo durante diez años [risas].

Comtesse: Se ficciona como un jaguar, como un animal. Y cuando vuelve al poblado, ahora que se ha vuelto la gloria de la gran ciudad, ¿qué le dice a la muchacha, a la joven muchacha del poblado? [...] No le dice “voy a casarme contigo”, le dice “te caso conmigo”. ¡Una locura! ¡Intenten entender eso!

Deleuze: Escucha, tienes el genio de reunir en lo que dices cosas relativamente interesantes con proposiciones perfectamente desagradables para todo el mundo. Siempre tomas a las personas por estúpidas. Es tu único error. Tomas a las personas por idiotas. Entonces terminas tu intervención con: “¡Intenten entender eso!”. Te aseguro que nunca me animaría a hablarles a las personas como les hablas tú. No me animaría, jamás le he dicho a un estudiante: “¡Intenta entender eso!”. ¿Te das cuenta? ¿Quién te crees que eres? Te atreves a terminar algo diciendo: “¡intenten comprender la profundidad insondable de lo que acabo de decir!”. ¡No, no funciona así! No puedo más. Descanso, cinco minutos de descanso. (C4, 540-541)

*

Lo que me da placer, en una sesión tan alegre, es que con Comtesse vuelvo a encontrarme siempre con la misma diferencia. Como has tenido la gentileza de venir aquí desde hace tanto tiempo, es quizás una diferencia vivida... Siento que moriremos con ella [risas]. En efecto, es un nivel donde tú planteas un problema que no es el mío y donde yo planteo sin dudas un problema que no es el tuyo. Lo que te digo es... Tendría que empezar a hablar como Zaratustra: “Será necesario que me abandones cuando no haga más que molestarte”. Yo no te impido que vayas hasta el final de tu asunto. Pasas por un rodeo que necesitas. Creo que toda tu cuestión ha sido siempre finalmente el tema de “un algo más profundo”. Yo siento un verdadero espanto cuando oigo que la muerte sería algo más profundo. Allí siento, en

efecto, aflicción e inquietud. [...] Si sobre esto decidiéramos injuriarnos, se volvería algo extremadamente desagradable y completamente inútil, y totalmente fuera de lugar. Comtesse me diría: “No entendiste nada de lo más profundo”. Y yo le diría: “Nos llevas a la muerte, al no sé qué, cuya fuente está en tal relación con el psicoanálisis tal como lo concibes”. Pero estaríamos lejos de lo que pasa ahora. En efecto, al nivel del esquema, para mí son siempre esquemas de inmanencia. Y es ahí donde Comtesse tiene la impresión de que yo pierdo algo. Yo solo creo en la inmanencia. No es mi culpa, me parece que el resto no tiene sentido. Yo podría hacer un curso sobre la trascendencia, si me obligan, pero siento que me aburriría hasta morir. Por el contrario, no sé si Comtesse se aburre o no en esta constante atmósfera de inmanencia que yo intento... (C4, 831-832)

*

Siempre que se dice algo, sea lo que sea, desde el momento en que uno se esfuerza en decir algo, hay de inmediato toda una nube de objeciones idiotas. Quiero decir, no hay pensamiento, el que sea, que no esté aureolado por todo un conjunto de objeciones idiotas. Esto es incluso lo que hace a la alegría del pensamiento. Hay dos tipos de personas: están los que se guardan la objeción idiota porque sienten que es idiota, y luego están los que la dicen porque piensan que es una objeción fuerte. Estos son vanidosos, porque no piensan que la objeción es tan estúpida que quien tuvo la idea contra la cual se objeta debe haberla pensado [risas]. (C4, 30-31)

*

Voy a decirles algo. Quisiera enormemente que mis palabras les den calor. Pero en este momento tengo la sensación de que mis palabras están frías y muertas. Pienso que quizás fui presuntuoso. Hace tres años que estoy con esto y pensaba extraer filosofía del cine, pero tengo la impresión de que el cine me devoró. Entonces así no va. Nace en mí, entonces, una pregunta abominable: ¿acaso no odio el cine? [risas]. (C4, 289)

*

La última vez hicimos una jugada magnífica: logramos terminar en el mismo punto que la anteúltima [*risas*]. (C4, 127)

[padre del aula]

Tengo la impresión de que hoy no estoy lo suficientemente en forma para ser muy claro. Porque si no me siguen, es molesto... Pero en fin, no es más que un mal momento pasajero, porque no es absolutamente necesario para lo que sigue. Escuchen, son las doce y veinticinco. Tomamos cinco minutos de descanso pero se los suplico porque los conozco, sean gentiles, no se vayan. Quédense bajo mi vista [*risas*]. Dormimos cinco minutos... no, tres minutos... Porque si no llego al final de algo será imposible retomar. En primer lugar no querrán, ya no podrán, y después... ¡Ahí está, ahí está, ya se fueron, se fueron! ¡¿Y por qué?! Para beber, para comer... [*risas*]. (C1, 535)

*

Bueno, esperen que voy a ver la sala nueva. [...] Es un palacio donde vamos a conocer la felicidad. Imaginen un pequeño patio que tiene en el medio –no quiero exagerar– una mata de hierba [*risas*]. Un pequeño patio cuadrado, y alrededor edificaciones de un solo piso, en planta baja. Todo es muy coqueto [*risas*]... De ocre y de verde... creo... el recuerdo

transforma. Puerta que se abre hacia el exterior, lo cual en caso de incendio, salva nuestras vidas. Porque todos los que se queden aquí, al primer día de incendio están jodidos, dado que las puertas se abren hacia el interior, y las puertas que abren hacia el interior crean el pánico. Y son ilegales en toda cosa pública. Voy a iniciar una demanda en el piso de arriba para que corrijan las puertas, que son inadmisibles. Les aseguro que allá la sala es claramente más grande que aquí. Tiene el techo más bajo, lo cual favorece la concentración [*risas*]. Tiene grandes ventanales de doble hoja. No hay problema de ruido, no hay problema de calor. Allá estaremos realmente bien. Y si nos echan de allá, nos instalamos en el estacionamiento [*risas*]. Está todo previsto. Haré interrupciones todas las horas. Los fumadores irán a fumar alrededor de la mata de hierba [*risas*], y por fin conocerán días de felicidad, sanos, y sin vigilancia policial alrededor. Seremos libres. El único problema es cruzar la avenida [*risas*]... Hay semáforos, camiones, todo eso. En fin, los que vayan, presten mucha atención a la avenida. (C3, 293-294)

*

[*Entra una persona al aula*] Entre, pero no saque más sillas... Espero que vuelva... ¿Por qué tarda tanto en encontrar una silla?... ¿Dónde encontró usted esa silla?... ¿En otra aula?... ¡Pero vamos a tener problemas! Me asalta el vivo sentimiento de que es por eso que nos echaron de allá arriba [*risas*]. Es una de las razones. Saben que a pesar de todas las verdaderas razones que les conté para no ir a un anfiteatro, me dije que quizás exagero, porque los pongo en una posición imposible. Así que, en un gran impulso humanitario, fui a ver. Es peor de lo que yo creía, peor de lo que pensaba. Yo no podría hacer más nada. Son sádicos los anfiteatros. Es una planta baja. Todos los tipos que pasan que no tienen estrictamente nada más que hacer que asistir a un curso, cuando escuchan algo, entran. La puerta chirría. Se van al fondo. A los cinco minutos, se dicen: “Me harté”. Se vuelven a ir. ¡Y eso no para! A Narboni lo pusieron en un anfiteatro. Se volvió loco, y no pudo trabajar, no pudo hacer nada. Bueno, esto es para decirles que no hay que sacar las sillas [*risas*]. (C3, 314)

*

Me hace falta una tiza. Me gustaría hacer como Laurel y Hardy: tal como Laurel encendía su pulgar, yo escribiría con mis dedos [risas]. ¿Tienen una pequeña tiza? ¡Ah, muchas gracias! [ruido de golpe] ¡Ay! ¡Uy! Aplastarse el hueso de una pierna contra el armazón de la silla... eso es el mundo platónico [risas]. (C3, 479)

*

¿Aguantan un poco más? Si no, me detengo. Si no pueden más, no vale la pena que siga... Es preciso que lo vea sobre sus rostros... Voy a tomarme el pulso y a ver si ustedes aguantan [risas]. (D2, 81)

*

Descansamos, ¿no? Pero no se alejen demasiado. Conozco a algunos que se van a buscar café abajo, y entonces tengo que esperarlos. Solo tienen que comprarse un termito [risas]. (C4, 380)

*

Se ha hecho mucho más largo... ¿Qué hora es? Son graciosos los cálculos... Pensaba que tenía para un cuarto de hora... [risas] Es formidable... Me fastidia tanto... Pensé que tenía para un cuarto de hora, pero no se puede prever nada, de repente algo me hizo divertir, algo me entretuvo... Pero me pregunto qué... Debe haber sido Kant, esto es una jugarrereta de Kant [risas]. (C4, 476)

[*stand up comedy*]

Una revelación es que Dios le hace saber algo [a Adán]. ¿Por qué medios? No importa, le hace saber algo. ¿Qué le hace saber? Dios, en su inmensa bondad, hizo saber a Adán que la fruta actuaría sobre él como un veneno. Solo que Adán no comprendió nada. Teniendo el entendimiento débil, no siendo muy astuto, Adán no comprendió nada. Dios le hace saber que ese fruto es un veneno. Es amable, porque ¿cómo podemos saber de otra manera si el fruto es un veneno? [...] Paseo por el bosque, veo frutos admirables, ¿cómo puedo saber que es un veneno? De tres maneras. Primera manera. Lo como... y me desplomo [*risas*]. Es el método de Adán [*risas*]... Ciertamente no es el mejor [*risas*]... Estoy enfermo. Segunda manera: observo. Llevo a mi gato en mi bolsillo [*risas*] y le hago comer un trozo del fruto. Es asaltado por convulsiones y revienta [*risas*]. Puedo concluir por experiencia que ese fruto es un veneno, habré experimentado. Eso implica una cierta sensatez. Segundo método posible, es el método experimental. Tercer método: método divino. Dios me ahorra la experiencia y me hace saber que es un veneno, me revela que es un veneno. (...) Y Adán dice: “Ah, ¿qué me ha dicho mi Dios?”. Y él entiende que Dios le prohibió algo, pero Dios no le prohibió nada. Dios pone un cartel.

Por gentileza, pone un cartel así, sobre el fruto: “Veneno” [*risas*]. Y el otro dice: “¡Oh là là, Dios me prohíbe comer del fruto!”. ¡Para nada! A Dios le importa un carajo, le da completamente igual. Él previno a Adán. Y Adán se dice: “¿Dios me lo prohíbe? ¡Debe ser bueno este fruto!”. Y come el fruto. (S, 127-128)

*

Yo diría que hay una manera en que cada cosa puede ser puesta como jueza de sí misma dando prueba de sí. ¿Qué es “dar prueba de sí”? Un sonido, por ejemplo. Un sonido no es un juicio. El ceramista tiene su jarrón de arcilla y da un golpe. O bien el químico coloca una gota sobre la moneda de oro. Es una prueba físico-química: “Dime, dime un poco de qué naturaleza estás hecho”. No es un juicio, es una experimentación. “Dime un poco de qué estás compuesto”. Entonces veremos personas que pasan por ser muy elegantes o muy morales, y si se los pincha, uno se da cuenta que hacen un sonido extraño. Son falsos, son falsos... ¿En qué se ve? De repente alguien hizo un gesto. Alguien da un discurso moral y de repente se traiciona. Juzgarse a uno mismo... ¡Eso sí que es lindo! Nos traicionamos. Vemos a alguien que habla de cosas obsequiosas, elevadas. De repente pasa un muchacho o una chica y pone una extraña mirada... [*risas*] Tomo ejemplos groseros para que todo el mundo pueda comprender. La mirada se le vela un poco de repente, echa un largo vistazo por debajo... Nos decimos: “Oh, oh... ¿Y qué es eso? ¿Qué quiere decir eso?”. Como el señor Charlus en Proust, que de pronto tiene una variación en la voz y uno se dice: “¿Qué es lo que tiene?”. Eso es la prueba físico-química. Entonces, no se trata de un juicio moral. (S, 493).

*

Rousseau construyó así toda su vida. Incluso su sabiduría. Él sabía muy bien que en la mayor parte de las situaciones clásicas, de las situaciones ordinarias de la sociedad, se volvía muy rápidamente grotesco. Es por eso

que *Las confesiones* son tan cómicas como libro. Él cuenta eso, cuenta mucho de eso. Suciedera lo que sucediera, lo cómico era él [risas]. Era un destino, hacía reír a todo el mundo. Entraba en una sala y estaba seguro de golpearse. Era el drama, paseaba el drama con él. Rousseau cuenta todas las metidas de pata que hacía, era una maravilla. Desde que se sentía un poco distendido y le decía algo a su vecino, no había otra posibilidad, era justo el tipo al que no había que decirle eso [risas]. Además tenía incontinencia urinaria –como él declara– de modo que no podía permanecer cinco minutos en un salón sin correr a los baños [risas]. Todo el mundo decía: “Ah, no es nada, es Rousseau” [risas]. (S, 136-137)

*

El poder no para de hacernos hablar. No es siquiera que nos meta palabras engañosas, nos fuerza a hablar. “¡Exprésate una vez más, camarada!”. Pero “¡Exprésate, camarada!” es la fórmula del poder. El poder nunca ha dicho: “¡Cállate, camarada!”... En fin, retiro lo que acabo de decir [risas]. El poder dice “¡Cállate, camarada!” en el momento en que alguien tiene algo para decir. Es decir, resiste. Ahí sí, ahí sí: “¡Cállate, camarada!”. Pero de lo contrario, en la medida en que no tengo nada para decir, el poder me hace hablar. Y espera que yo no tenga nada para decir, es muy vil el poder. Porque lo sabe muy bien... Yo sé que se me invitará siempre a la tele cuando no tengo nada para decir [risas]. Un domingo en el que tenga algo que decir, se me dirá: “Ah, no, hoy no es posible” [risas]. Y ustedes saben, esto se ve en la cara de las personas. (F1, 223)

*

Estábamos ahí, en ese problema cruel, puesto que la última vez todo nos había conducido a esta conclusión: si se quedan en la dimensión del saber, nunca comprenderán cómo las dos formas pueden entrelazarse. Ahora bien, ven que tenemos la solución. Ahora tenemos todo. Pero en un momento en el que estamos demasiado cansados para ser felices, como siempre [risas]. (F1, 250)

*

¿Nadie tiene algo que decir? Es complicado... Bueno, entonces solamente meditamos. Dos minutos de meditación... En silencio, en silencio... Es formidable el silencio. ¿Cuándo es que uno puede callarse? Había un profesor de economía política en el siglo XIX... no, al comienzo del XX, que hacía cursos cada vez más cortos y muchos silencios cada vez más largos [risas]. Era formidable [*silencio de 8 segundos*]. Yo nunca escuché a Lacan... en fin, sí lo escuché, pero fuera de la capital... Pero me han dicho que Lacan hacía una especie de silencio enorme, enorme, enorme entre dos frases. Está bien, pero hay que saber hacerlo, tiene una técnica [risas]... Es todo técnica, es muy difícil, muy difícil [*silencio de 22 segundos*]. Un ejercicio de silencio antes de las vacaciones... ¿Pero ven? Es tan extraño el silencio que hace falta que yo parlotee un poco [risas]. [...] ¿En qué sentido hablar es una agresión al otro? Es una agresión. Por ejemplo, las estupideces: si me hablan antes de que haya tomado el café de la mañana, es una agresión [risas]. ¡Terrible agresión! Es como si me clavaran una aguja en el cerebro. Por el contrario, hay personas que se levantan balbuceando... bla, bla, bla... Un curso solo funciona porque es una violencia. Un curso debe ser una violencia para el que habla y una violencia para los que escuchan. Quiero decir que es tanto mejor callarse [*silencio de 10 segundos*]. Por eso pregunto, ¿continuamos? Bueno, vamos. (F2, 337-338)

*

¡Ay, caramba, no avisaron a las 10! ¡Nos perdimos las noticias! ¿Las dan a cada hora? Avísenme entonces a las 11. Es que si llegan los aviones libios, mejor estar al tanto [risas] (F2, 390, *en referencia al conflicto que acaba en el bombardeo de Libia por parte de Estados Unidos el 15 de abril de 1986*).

*

Los artículos de Haudricourt no han sido reunidos. ¿Y saben por qué no han sido reunidos? Porque este hombre posee genio, pero es evidente que tendría una tirada de cinco ejemplares. Por tanto, es preciso que recorran la biblioteca de una punta a la otra para tener la posibilidad de leer a Haudricourt. (F3, 46)

*

Cada vez que Bateson tiene una pequeña adquisición, experimenta la necesidad de bromear. Pero son siempre muy buenas bromas. Llama a esto la función mu. ¿Por qué mu? Porque mu es la letra griega que corresponde a nuestra m. Y, ven ustedes, el ejemplo al que vuelve siempre es el del gato: el gato maúlla a la mañana: “Miaou”. La función mu es la función “miaou”. Los ingleses y los americanos jamás salieron de Lewis Carroll... ¿Qué es la función mu o “miaou”? Bateson dice que cuando el gato maúlla a la mañana en el momento en que ustedes se levantan, no les dice a través de ese maullido, que es lenguaje analógico: “Leche, leche”. Les dice: “Dependencia, dependencia, yo dependo de ti”. Hay todas las variantes que ustedes quieran. Hay “miaous” de enojo, en los que dice: “Dependo de ti y estoy harto de eso”. Es un lenguaje muy rico. (R, 147)

*

[...] la mujer era muy maltratada en el cine norteamericano... O en el burlesco. Los duelos del burlesco son con la mujer que no para de meter la pata. ¡Terrible esa misoginia del cine norteamericano! Misoginia que todos nosotros condenamos... [risas]. (C1, 427)

*

Observen allí entonces la diferencia con el realismo americano. Y gracias a la *nouvelle vague* y al neorrealismo italiano, hemos terminado por acostumbrarnos a un tipo totalmente nuevo de escenas en el cine. La

extraordinaria torpeza de las personas en una pelea. Salimos de las peleas de Hollywood que no duran mucho, en la que los golpes son fantásticos... son, como se dice, verdaderos acróbatas. Aquí vemos tipos que comenzaron a agarrarse lentamente, torpemente, no llegando nunca a darse un golpe... Es decir, una verdadera pelea, como se ve en la calle [*risas*]. Las personas no se pelean como en Hollywood. Si yo intento pegarle a él, inmediatamente voy a errar mi puñetazo, voy a golpearle el ojo, él me va a agarrar así... ya no vamos a saber dónde estamos [*risas*]. (C1, 514)

*

[...] están en una relación inmediata con Adán, con Cristo, con el pecado, con la... ¿cuál es la palabra exacta según Cristo que nos salva del pecado?

Intervención 1: El rescate.

Deleuze: El rescate, sí... Pero hay otra palabra distinta a “rescate”.

Intervención 2: La redención.

Deleuze: ¡La redención! ¡Eso es! ¡Vaya, tenía que ser un japonés el que lo diga! [*risas*] ¡Es formidable! ¡Es fantástico! En la tele se hubiera ganado todo... [*risas*]. (C2, 138)

*

Peirce no soporta a Hegel. Por otra parte, no estoy seguro de que lo haya leído [*risas*]. Pero eso no importa, no tiene importancia. (C2, 166)

*

Me han rodeado de grabadores. Voy a hacer un esquema, y como todo descansa sobre este esquema y solo puede ser captado por video, o hacen el

progreso necesario, o es preciso que vuelvan al viejo procedimiento de notas... o que directamente se vayan a dormir [*risas*]. (C2, 215)

*

Kierkegaard tenía entonces sus alternancias. Eran enteramente alternancias del tipo de Proust con las muchachitas. Kierkegaard se levantaba todas las mañanas y se preguntaba: “¿Me caso con Régine? ¿La dejo libre? ¿No me caso? ¿O bien hago algo aún peor, la seduzco para abandonarla?”. Kierkegaard tenía partes secretas muy inquietantes. Eso lo atormentaba... Un poco como en la Liberación: “¿Me inscribo al Partido Comunista? ¿No me inscribo?” [*risas*]. Hay personas que vivieron así en la Liberación. Y parece que las hubo incluso después de Mayo del 68 [*risas*]. (C2, 643)

*

Comencé este año enfermo y lo terminé enfermo. Tenía muchas ganas de no venir, pero me dije: “No es posible porque no tendré otra semana para disculparme por no haber venido” [*risas*]. Vine entonces por una especie de reflejo de cortesía. Hoy voy a hacer cosas muy suaves... quiero decir muy lentas... y no muchas. Estoy seguro de que todo esto sucede porque hice un curso sobre Pascal [*risas*]. No quería hacerlo y lo retrasaba, pero finalmente me dije que sí. Es un golpe que viene del cielo. (C2, 657)

*

Vamos a morir... ¿Hace calor, no? No se puede más... Es curioso, debe estar ligado, porque cuanto más insoportable se pone, mejor me siento [*risas*]. Ustedes, los saludables, caerán todos como moscas. Va a ser estupendo. ¿No se puede abrir las ventanas? (C2, 667)

*

*

¿No le gusta hablar en público? ¡Ah! ¡Estupendo! [risas]. Sabe usted, creo que a nadie le gusta hablar en público, salvo a algunos locos... ¡Usted es normal! [risas] Hablar en público solo puede justificarse por serias razones profesionales, ligadas al régimen salarial... Me hará entonces una notita... ¿Le gusta escribir? [risas] ¿Es sobre el vínculo ritornelo-polifonía? ¿A usted le molesta decir oralmente esta idea? ¿No le gusta hablar?

Intervención: Oralmente sí, pero públicamente no sé...

Deleuze: ¡Ah! ¡Oralmente solo a mí! [risas]. ¡Ah, de acuerdo! No comprendía, me preguntaba: “¿Pero entonces qué quiere?” [risas]. Escuche, ¿usted escribe con facilidad? Me da igual que sea realmente un borrador... Bueno, escuchen, hace falta que fijemos eso a la vuelta. No tiene que perder su idea. Me la dirá oralmente... Y luego yo se las diré a ellos [risas]. (C3, 533-534)

*

Tomen otro caso. Es una enfermedad moderna que me gusta mucho, justamente porque no la tengo [risas]: la hipocondría. Es una vieja enfermedad del siglo XIX, una de las más bellas enfermedades de la psiquiatría del siglo XIX. Y vuelve muy fuertemente... Yo estoy muy contento de que vuelva fuertemente [risas]... ¿Qué quiere decir esta historia del hipocondríaco? [...] Supongan que perciben todas sus extrasístoles... ¡La vida sería imposible, terrible! Afortunadamente no he visto personas que lleguen a esto, pero supongan que tienen una micropercepción celular: ¡perciben la célula que se vuelve loca! [risas]. Eso es el hipocondríaco. Literalmente, la vida es imposible. “¡Ay, mi corazón, mi corazón!”. Algún otro año me gustaría hacer un curso sobre el hipocondríaco... Espero que haya suficientes... [risas] Un curso reservado para los hipocondríacos... sería formidable... ¡Ah, no, serían demasiados! (C4, 272-273)

*

El subterráneo, el autobús, es una institución. Ustedes tienen un contrato ya que, de hecho, si se rompen la pierna en el subterráneo, el subterráneo es responsable. Más aún, el contrato se establece jurídicamente —y esto ha sido litigado con frecuencia— a partir del momento en que el cliente toca el autobús con la mano. Es interesante... Si ustedes no lo tocaron con la mano, no hay contrato [*risas*]. Si lo tocan con la mano, aunque estén afuera, el responsable de que se caigan y se rompan la pierna es el autobús. El acto del contacto es el que define el contrato en este caso. ¡Muy interesante! ¿Por qué les sacaron todas esas cosas a los autobuses? Es una de las razones del progreso tecnológico de los autobuses. En la época en que había autobuses con aberturas, en que las personas corrían como locos para alcanzarlos, ¡cuántas viejitas al galope que si tocaban el autobús con la mano...! [*risas*] ¡Terrible! Entonces hicieron autobuses donde uno no puede colgarse de nada... ¡Son unos canallas! [*risas*] (C4, 357)

*

Si los Straub son marxistas, es ante todo en comparación con Marguerite Duras, que no lo es en absoluto... Ella hizo esfuerzos, como todo el mundo... [*risas*] Pero no pudo. ¿Por qué no pudo? No sé... Se ríe, se ríe pero está bien, también nos hace reír a nosotros. Dice que ella forma otra noción distinta. Además es muy modesta, dice que no es una noción, sino “un sentimiento fugitivo que a veces tengo”. A veces tiene un sentimiento fugitivo. Está en todo su derecho, desde el momento en que su sentimiento fugitivo es bello y divertido. Su sentimiento fugitivo es que no hay una violencia de clase, sino que hay una clase de la violencia. [...] incluye a los leprosos, los vicecónsules [*risas*], los niños, los gatos... Lo de las niñas es verdad, porque cuando uno ve en el subte las bandas de pequeñitas, son infinitamente más peligrosas que las bandas de delincuentes [*risas*]. (C4-806-807)

*

Estamos, creo, en una era de misántropos joviales. Se los ve mucho. Es magnífico, es el discurso que mezcla una especie de intención cínica con una banalidad radical. Ustedes saben, son las personas que creen todavía que surte efecto decir que los hombres nacen del miedo al policía, que creen que esa es una linda idea, que llega lejos. Es un tipo de discurso muy, muy curioso. Están de vuelta de todo: “No es grave, no, a mí no me hacen el cuento. No puede ser tan grave como dicen” [...]. Ustedes saben, como cuando a la mañana uno se levanta en el transcurrir del discurso ordinario, y luego recibe un enorme golpe en la cabeza, uno se encuentra ensangrentado y se dice: “Ah, vaya, comienza bien el día” [*risas*]. (C3, 218-219)

*

La herencia es un caso típico. Si vuestros padres tienen dinero, en un momento en que los hayan hartado estarán forzados a decirse: “¡Oh, rápido, que reviente, que se muera!”. Tienen un interés en ser malvados, en desear la muerte de alguien.

Y Rousseau dice que el único acto de moral sensitiva-materialismo del sabio es renunciar a la herencia, renunciar por adelantado a la herencia. Renuncio a mi herencia ante notario y de golpe me salgo de una situación fea. Me harté... Soportar mi vida veinte años, cuarenta años, sesenta años preguntándome: “¿Cuándo se va a morir papá?” [*risas*]. No es una vida muy brillante ni estupenda, hay mejores cosas que hacer en la vida. Hay mejores cosas que esperar una herencia. A pesar de todo, si piensan en la historia de la humanidad, hay muchas personas que vivieron esperando herencias. ¡No, es idiota, es una vida fea, es una vida de cretino, de imbécil! (R, 73)

[*encuentros / desencuentros*]

Es muy interesante la manera en que las personas dicen “Buen día”. No hay dos personas que lo hagan de la misma manera. ¿Qué es decir “Buen día” a alguien en términos spinozistas? Dos cuerpos se acercan uno al otro... ¡Oh! ¿Cómo van a recibirse? ¿Cómo van a atenuar el choque? Hay entonces personas que dicen “Buen día” a distancia. Es el “Buen día” esquizo. El “Buen día” esquizofrénico dice: “No franquees este límite”. Más allá de ese límite, las relaciones no se componen más, van a descomponerse. Son muy, muy, muy variables todas estas historias. Están, al contrario, los... ¿cómo decirlo?... los tocadores. El abrazo, el “Buen día” con abrazo. ¿Quiénes pueden ser? Los maníacos: “Ah, existes... Ah, estás bien. O no”. Sería el “Buen día” histérico. El “Buen día” histérico es la pura presencia. Jamás estarás lo bastante presente. “Toca cómo estoy presente. ¿Ves? Estoy aquí. ¿Me viste? Estoy aquí. ¡Sí, me viste! ¡Es verdad! ¿Me viste? ¡Pero soy yo! ¡Y eres tú!”. Ahí está, ese es el “Buen día” histérico. Elijan entonces ustedes mismos. No hay más que eso, no hay más que este problema de distancia entre los cuerpos. Hay problemas de presentación de faceta. Recuerdo un señor que me fascinaba cuando me decía “Buen día”. Muy curioso. Pegaba su mano sobre su cadera, la mano salía de la

cadera, giraba sobre ella... Había que ir a buscar la mano sobre la cadera [risas]. ¿Y las personas que tienden dos dedos? Eso existe, es bien sabido. Hay páginas admirables de Proust sobre el saludo del príncipe de Guermantes. El príncipe de Guermantes tiene un saludo que es tan seco y admirable que se retrocede, porque se tiene miedo de recibir su cabeza en medio del estómago cuando saluda con una especie de gran cortesía exagerada. Hay quienes hacen tales demostraciones de alegría que no les creemos. Nos decimos: “¡Pero no es creíble! ¡No pueden estar tan contentos de verme! No hay que exagerar”. (S, 218)

*

–“¿Vienes a nadar?”. –“No, no sé muy bien, tengo miedo de ahogarme”. ¿Qué quiere decir “no sé nadar”? Bueno, ustedes comprenden, aquí no se trata de matemáticas. Alguien que no sabe nadar es alguien que no comprende nada ¿de qué? No comprende nada del movimiento de una ola. ¿Qué quiere decir eso? Entra en el agua, y para empezar entra mal, ¿no? Hablo de esto porque yo nado muy, muy mal. ¿Qué quiere decir que entra mal en el agua? Ustedes comprenden, uno está constantemente reducido a esperar el efecto del cuerpo exterior sobre el propio. Bueno, en fin, entro en el agua. Me moja, entonces me contraigo. ¡Pum! Recibo una ola en plena cara. ¡Oh lá lá! Empiezo a dar gritos, me ahogo. Llega otra. Me revuelca, ruedo... grotesco, además. Entonces viene a añadirse a esto la tristeza del ridículo. ¿Qué es lo que hice? Viví sobre un ritmo en el que esperaba perpetuamente el efecto del cuerpo exterior sobre el mío –llamando “cuerpo” al mar, ¿no?–. Esperaba el efecto. Podía tener alegrías. Claro, tenía pequeñas alegrías: “¡Oh, es divertido!”, “¿Has visto qué bella ola?”, “¡La vencí, esta vez no me revolcó!”. Todos pasamos por eso y aprendemos lo que sea. Es un análisis de lo que significa aprender. Aprender es eso. ¿Pero qué es el aprendizaje? Empezar poco a poco a seleccionar. ¿Qué es saber nadar? Es saber que un cuerpo tiene aspectos. Se tratará ciertamente de organizar el encuentro. Aprender es siempre organizar el encuentro. Los malos encuentros son los encuentros de frente. Hay que saberlo cuando entramos al agua. (S, 306-307)

*

Imaginen esta triste situación: me peleo con un perro para comer una especie de paté. ¡Horrible espectáculo! ¿Cómo narrar ese espectáculo? Tienen tres términos: el alimento, el perro y yo. Muerdo al perro para apoderarme de su alimento, el perro me da una patada [*risas*]. ¿Qué es esto? Ustedes tienen un conjunto infinito de partes extensivas bajo la relación “carne”, otro bajo la relación “perro” y otro bajo la relación “yo”. Todo ese torbellino se entrechoca. Yo quiero conquistar las partes extensivas de la carne para asimilarlas, es decir, imponerles mi relación, hacer que no efectúen más la relación “carne”, sino que vengan a efectuar una de mis propias relaciones. El perro quiere lo mismo. Muerdo al perro, es decir, quiero echarlo; él me muerde, etc., etc. En fin, ya no salimos de ahí. Es el dominio de las oposiciones. (S, 460)

*

Esta cuestión está también en relación con la distancia de los cuerpos. Por ejemplo, un tipo me cae encima y dice: “¿Qué dijiste? ¿Quieres mi puño en tu cara?”. Yo digo: “Oh, no, no, no”. Luego se va, se va, y entonces me hago el listo y digo: “Ah, el pobre tipo...”. Pero no lo digo demasiado fuerte: “Pobre tipo. ¡Eh! ¿Tuviste miedo, no?”. Entonces él vuelve y yo digo: “Oh, no, no, no” [*risas*]. Ven ustedes, al mismo tiempo que cambian las distancias, cambian las facetas del cuerpo. (S, 218)

*

Pienso en un camionero que transportaba alcauciles. Sufría una eczema terrible. Terrible eczema sobre todo el cuerpo. Saben entonces cómo se procede: se cuadrícula el cuerpo, el médico cuadrícula el cuerpo. No desde el tiempo de Spinoza. Ahora deben haberse encontrado métodos... en fin, hace un cierto tiempo se cuadrículaba el cuerpo y se hacían pruebas. Digo que esto marcha bien, porque sienten que es ya moral selectiva, sensitiva, se buscaba seleccionar. Se cuadrícula el cuerpo y se hacen pruebas con todos

los elementos con los cuales el sujeto está en contacto habitual. Como era un transportista de alcauciles, evidentemente se le inoculó alcaucil sobre una parte de la espalda. Nada. Estaba también el polvo, se le inocula polvo. En el caso de las enfermedades de intolerancia o que se suponen de intolerancia se inocula todo eso para encontrar la fuente de intolerancia. No se encontraba nada. Recuerdo esto porque es una observación que me había interesado mucho y que leí en una revista médica esperando en el dentista [*risas*]. Lo conservé. Hace mucho tiempo que lo leí y lo conservé. Son siempre artículos estupendos, porque muestran a los médicos tan atentos... Tan atentos que no pararon hasta encontrar lo que el tipo tenía. Bueno, no se encontraba nada hasta un día en que el médico se dice: “Ah, pero ¡atención! El rabo del alcaucil y las hojas no están en absoluto compuestas igual”. Le había inoculado hoja. Entonces le inoculó el rabo y el tipo hizo una intolerancia, una eczema gigante. ¡Maravilloso! Seleccionar las cosas. Pues ¿cuál será el cuidado, el acto médico fundamental en el caso de enfermedad de intolerancia? Cada vez que sea posible, el acto médico clave será decirle al tipo: “¡No se acerque más a eso, sálgase de esa situación!”. Es evidente que hizo falta convertir al pobre especialista en alcauciles en especialista en zanahorias [*risas*]. Ya no podía transportar alcaucil. Hacía falta sacarlo de esa situación. (S, 143-144)

*

Sería idiota medir una relación de fuerzas por la violencia. Si te hago un regalo, te dices: “¡Vaya! ¿Qué me va a pedir después?”. Y dices: “No, no, no lo quiero, eres muy gentil” [*risas*]. ¡Qué relación de fuerzas! Te lo pongo en la mano, te lo meto en el bolsillo... “Sí, sí, guárdatelo, guárdatelo”... “No, no lo quiero” [*risas*]. Es una relación de fuerzas fantástica. No hay violencia. En fin, no hay violencia aparente. Eso son las relaciones de fuerzas. Si las relaciones de fuerzas fueran un puñetazo en la boca, el mundo sería tan claro... [*risas*] Pero no es así, para nada. Ustedes comprenden, si la relación de fuerzas entre un hombre y una mujer fuera simplemente el momento en que se dicen cosas duras o se agarran a

golpes... ¡el mundo sería un encanto! Pero las relaciones de fuerzas son repugnantes justamente porque son del tipo... “Ah, ¿me pides que haga eso? Bueno, sí, sí, lo hago”. Entonces el otro queda envenenado: “¿Te molesta mucho?”. “No, no, no...” [risas]. Eso es una relación de fuerzas... asquerosidad, auténtica inmundicia. (F2, 42-43)

*

¿Qué quiere decir una sexualidad sin sexo, una sexualidad molecular? ¿Tenemos amores moleculares? Sí, seguramente los tenemos. ¿Pero qué son? Lo que vemos son amores globales, los amores moleculares son quizá necesariamente inconscientes. Veo en general que amo, pero lo que amo en quien amo es ya más oscuro, es molecular. A quien amo es molar. Es una persona, y una persona es una instancia molar. ¿Pero qué amo en ella? ¿Ese gesto minúsculo? Puede ser, tal vez es otra cosa. Pero ven que no es el mismo dominio. Son micro-amores. En nuestros amores molares está siempre lo molecular. “¡Ah, ese pequeño mechón!”. En otros términos, son siempre rasgos, no son formas. Las formas forman parte del amor molar: “¡Qué bella es!”, “¡Tiene el perfil griego!” [risas]. Son formas. En cambio los rasgos dinámicos: “Ah, cuando ella... cuando ella... eh...”... Estoy fuera de forma [risas]... Ya sé: “Cuando ella arroja sus cabellos hacia atrás, es formidable”. Eso no es una forma, es molecular. O bien: “¡Oh, qué manera de alzar los hombros!”. Y el otro no ve nada, dice: “Sí, está alzando los hombros” [risas]. Son nuestros amores moleculares. (F2, 142)

*

Vemos por qué Foucault no aprecia la palabra amor. Recuerdo a Foucault diciéndome que jamás soportaría la palabra deseo. ¿Y yo le preguntaba por qué? Y me decía: “porque yo —lo decía con una gran gentileza—, cualesquiera sean sus tentativas para explicar que el deseo no está ligado en absoluto a la falta, por mi parte, cada vez que digo la palabra deseo no puedo dejar de ver allí una falta”. Entonces yo le digo: “Bueno, no es grave, hay que cambiar de palabra, ya que lo esencial es el acuerdo de que la noción de falta es una

porquería de noción, en lo esencial tenemos acuerdo”. Pero ven que aquí es algo muy similar: ¿por qué no aprecia la palabra amor? Porque para él esa palabra es inseparable de un conjunto en el que cada uno solicita al otro. (...) El amor vive de pruebas: una prueba de amor. Bajo su forma más evidente cuando alguien que sufre por amor dice: “¿dime que me amas!”. Ese “¿dime que me amas!” es una solicitud, y ¿qué enamorado no experimenta esa necesidad!: “¿Dime que me amas!”. O bien, si él se impide decirlo hará una exhortación que puede ser: “¿Es buena la torta que te hice esta noche, ¿no?!” [*risas*], pero es un “dime que me amas”. Y aquí pido disculpas, ya que me avergüenza, si parece que la solicitud “dime que me amas” viene más bien de las mujeres que de los hombres. Pero ¿qué ponen allí los hombres? Es incluso preferible hacer una buena torta a la noche. Es el lloriqueo absoluto: “dime que me amas”, es peor que todo. Y bien, es la multiplicidad de las pequeñas solicitudes que se distribuyen en dos sujetos y que distribuyen a los sujetos. (F3, 248)

*

Escaparse, un cuerpo que se escapa. ¡Es curioso eso! Mi cuerpo se me escapa. No sé si fueron operados, pero aquellos que sí, tienen esa experiencia que me parece que permite comprender las cosas. En fin, aquellos que sufrieron una operación importante. Es divertido. Alguien que ha sufrido una operación grave es algo formidable. Hacer figuración sería entonces representar una operación. Ningún interés, evidentemente. Pero en una operación, ustedes saben, hay algo muy extraño, aun cuando la operación no ponga la vida en peligro. Es como si el tipo que sale de ella –y basta con observarlo después– hubiera visto la muerte, sin que sea trágico. Los ojos son extraordinarios. Los ojos de un operado fresco... [*risas*] Es preciso haber visto eso, creo. No por curiosidad. No digo aquí cosas que tengan que ver con pequeñas perversiones lamentables, digo cosas casi tiernas. Si quieren sentir realmente algo por la humanidad, vean personas que han sido operadas. [...] En la experiencia post-quirúrgica hay entonces algo muy sorprendente: vuestro cuerpo tiene tendencia a huir, a escaparse por todas partes, a tal punto que se fuga por todos los extremos. Y no es para nada inquietante. Es lo que se llama una

buena convalecencia. Es una extraña experiencia sentir que ya no poseen vuestro cuerpo, que se escapa por todas partes. Y es una pena que lo olviden de tal modo. En efecto, si no, las personas serían maravillosas. Si no olvidaran la operación, saldrían de allí buenos. Luego de una operación tenemos la impresión de que han comprendido algo. No obstante, no son ellos sino su carne la que ha comprendido algo. Al menos sus cuerpos son inteligentes. Sus cuerpos han comprendido algo que ellos van a olvidar luego tan rápido, tan rápido... ¡Es una lástima! (P, 84-85)

*

Tomo un ejemplo, para que todo esto sea claro. Encuentro a alguien en la calle. Hace mucho tiempo que no lo veo, y pruebo, pero a toda velocidad, a toda velocidad cerebral... en fin, en mi caso muy lentamente [*risas*], pero los hay muy rápidos... Pruebo saltos sucesivos y totalmente heterogéneos. No es un único salto y detenerse. Cada uno tiene su destino. Si fallaron hay que volver a comenzar el salto. Me digo, primera cosa: “No es de París, no lo conocí en París. No, no”. Vaga impresión. ¿Por qué me digo eso? Porque pasé sobre los contornos. Volví a pasar sobre los contornos y no coinciden. ¿Con qué? Con otros contornos, los contornos que están en mi memoria. ¿De qué? De cosas de París, de artículos parisinos. Entonces me acuerdo que fui profesor en Lyon, me digo: “¡Vaya! ¿Será un estudiante de Lyon?”. Me fijo en su edad, en su cabeza... “¡Vaya! Tiene cabeza de lionés, sí” [*risas*]. “¿No es en Lyon que conocí a ese tipo?”. Doy un salto a una capa de recuerdos, mi capa de recuerdos Lyon. Y ¡pum! Vuelvo a caer, algo me dijo que no: “No, no coincide”. Tengo la impresión de que no coincide. Me digo: “No, no debe ser Lyon. ¿Dónde, entonces?”. Vuelvo a mi presente. Repaso otra vez... si es que no se fue, ¿no? [*risas*]. Si se fue, repaso sobre la imagen que conservé. “¡Ah! Entonces quizá fue en París, pero en mi infancia. ¿Habremos sido compañeros de clase?”. Ustedes comprenden, es como un ordenador: arranco tal programa, programa-liceo o programa-clase, y puede responder “sí” o puede responder “no”. Y si responde “sí”: “¿Pero en qué clase, entonces? ¿Era onceavo?”. Me instalo, doy saltos que van a llevarme a

tal nivel de recuerdos, tal otro nivel, tal otro nivel. Si alcanzo el nivel correcto, antes de saber qué es tengo el sentimiento de que es allí que ocurrió. Son muy curiosas esas experiencias de “¡Ah! ¡Eso es!”, antes de saber lo que es. Me digo: “Es un lionés, seguro, solo puede ser un lionés”. Después de eso, hábil como puedo ser, le pregunto: “¿Qué hora es?”. Me responde con un acento que no puede confundirse [*risas*]. ¡Claro que estoy sobre mi nivel correcto, en la capa de recuerdos correcta! Después de eso puedo estar seguro de mí mismo y le digo: “¿No nos conocimos en Lyon?”. ¡Pero ya hice todo el laburo! [*risas*]. (C1, 536-537)

*

Se acerca un león... en fin, si no se acerca demasiado, elijo [*risas*]. No elijo la solución heroica, eso es de Tarzán [*risas*]. Pero puedo quedarme y hacerme el muerto, o partir en puntas de pie, o salir corriendo. Tengo elección. Noten que si fuera un pollo, no tendría elección. No hay suficiente cerebro, no hay brecha suficiente. Pero para nosotros que no somos pollos, ¿qué es lo que hará que uno se haga el muerto y otro se aproxime al león, por ejemplo, cantándole una canción de cuna, preferentemente piadosa? [*risas*] Digo de inmediato que aquel que le canta una canción de cuna piadosa se acuerda de algo, se acuerda de los mártires y se dice: “Quizás esto funcione” [*risas*]. Aquel que se hace el muerto tiene un recuerdo completamente distinto, recuerda a través de los años y se dice: “Creo que me voy a hacer el muerto”. Recuerdo una vez en que –todo el mundo vio esto– un pato fue atacado por vacas en una pradera. Las vacas se colocaron en esa posición tan, tan magistral que se remonta a su época heroica, y que a veces vemos en las praderas, en los campos que atraviesan las praderas. Se pusieron en círculo y muy rápidamente lo acorralan. Y no sé por qué ese pato no les gustaba [*risas*] y arremetieron. El pato se hace el muerto. A menudo los animales tienen ese comportamiento de hacerse los muertos que les salva la vida. A mi modo de ver no es que el otro los crea muertos... la vaca no lo cree muerto... en fin, las vacas jugaron un poco como al fútbol con el pato y luego lo dejaron en paz. Si hubiera corrido, lo hubieran aplastado. (C2,660)

[*vino tinto y sustancia*]

Las personas hacen muchas menos cagadas cuando están de acuerdo con sí mismas. Lo que hay que temer ante todo en la vida es a las personas que no están de acuerdo consigo mismas. Spinoza lo dice admirablemente. Eso es el veneno del neurótico, la propagación de la neurosis: “yo te propago mi mal”. Son terribles los que no están de acuerdo consigo mismos. Son vampiros. O el alcohólico que bebe bajo el modo perpetuo de “es la última vez, es el último vaso, ¡una única vez!”. Es un modo de existencia malo. Si hacen algo, háganlo como si debieran hacerlo millones de veces. Si no logran hacerlo así, hagan otra cosa. Comprendan que eso abarca todo. Es Nietzsche quien lo dice, no yo. Cualquier objeción, dirigirse a Nietzsche. Todo esto puede funcionar, no lo digo para que discutamos. Esto puede tocarlos, no es cuestión de verdades, sino de práctica de vivir. Hay personas que viven así. (S, 93)

*

Intervención: Quisiera ver la relación entre esta visión que está en la sensibilidad de la época y la exigencia de la singularidad de la esencia de la cual usted hablaba.

Deleuze: Ah, sí, sí... Busco un porro y te contesto... [*risas*]. (S, 438)

*

¿Qué quiere decir el límite? Quiere decir que todo el mundo ya tuvo suficiente, quiere decir que paramos de beber. “Bueno, por hoy se acabó”. ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué quiere decir: “Hasta mañana, muchachos”? Al pie de la letra, para ir más rápido, que hace falta reconstituirse. Hace falta parar de beber para poder volver a beber. ¿Qué marca esto? Marca la pausa necesaria entre dos series del mismo agenciamiento, la pausa necesaria entre dos ejercicios del agenciamiento está marcada por el objeto marginal. [...] Añado que es por eso que, de cierta manera, ustedes reconocen el alcoholismo en lo siguiente: los alcohólicos son personas que no cesan de dejar de beber [*risas*]. No son personas que beben todo el tiempo. Al igual que uno solo se encuentra con drogadictos en proceso de desintoxicación, solo se encuentra con alcohólicos dejando de beber. El “paro de beber, dejo de beber” forma estrictamente parte del alcoholismo. (D2, 153)

*

Tengo como una especie de sentimiento de que un pintor abstracto es exactamente como un delfín. Son delfines, son pintores delfines. Y son abstractos a causa de eso. Su verdadera operación es inventar un código para toda una materia y un contenido propiamente analógicos. Injertan un código sobre la materia pictórica, y entonces ese código es enteramente pictórico. Por eso logran algo genial. En otros términos, no son abstractos, son realmente mamíferos marinos. Me parece que es exactamente el mismo problema que el de los delfines, es el equivalente. Pero en fin, poco importa. (P. 149-150)

*

Alain: Te planteo el problema de la llegada de un solitario a un grupo. Es un problema que se plantea en Francia cada vez más después de Mayo del 68. Gilles, no bromeo, ¿eh?

Deleuze: No, no. Escucho, escucho...

Alain: Llegamos a un grupo, las personas fuman hachís. De inmediato hay un ceremonial de rechazo, de repulsión para darte hachís. Como diría Devos, formas parte de la “gente promedio”. Es muy importante lo que intento decir pero no llego a expresarlo... Sería preciso que Félix estuviera aquí. Él comprendería el proceso de la violencia vuelta contra sí misma. ¿Cómo se puede, Gilles, entrar en un grupo sin ser rechazado? [risas] Es absolutamente preciso que respondas a esta pregunta porque tú eres el único maestro aquí a bordo.

Deleuze: No es la única pregunta... [risas] ¿Comprendes? Una pregunta como la que planteas me parece que solo se puede responder si se hace también la lista de las preguntas aparentemente similares. Porque entrar en un grupo sin ser rechazado es una cuestión, pero salir de un grupo sin recibir una paliza... [risas] también es una cuestión muy importante. Por ejemplo actualmente, y un poco desde el '68, siempre se trata de lograr que las personas tomen la palabra. Pero existe una cuestión no menos patética, que es cómo llegar a callarse [risas]. No es para nada fácil. No lo digo simplemente porque yo tengo este oficio en el cual hay que hablar, en todos los oficios es así. ¿Cómo llegar a callarse? Callarse también es interesante. ¿Cómo lograrlo? Puede ser duro, pero no está mal [risas]. (...) Por mi parte, cuando estuve en Laborde con Félix, le decía siempre, reclamaba que hubiera en Laborde momentos de silencio. Y no es que fuera muy astuto lo que le decía, pero siempre se trataba de que las personas tomen la palabra...

Alain: Eso no es posible en Laborde, Gilles.

Deleuze: Pero es fundamental que las personas tengan lugares donde callarse. Es fantástico que exista eso.

Alain: Escúchame, Gilles, teníamos un club en el que, aparte de los cuidadores, nadie hablaba.

Deleuze: Sí, pero hace falta que los cuidados y los cuidadores se callen. Eso es muy importante. ¿Cómo retirarse de un grupo? Los grupos generalmente no te sueltan. Ves entonces, cuando planteas tu problema, yo planteo otro que es al menos tan patético como ese: ¿cómo salir, cómo escaparse, cómo llegar a callarse?

Alain: Es una cuestión de voluntad, Gilles.

Deleuze: En absoluto. Llegar a callarse pone en juego todas las determinaciones sociales, psicológicas... ¡todo, todo, todo! Llegar a callarse es casi una cuestión de suerte. No es fácil, no es fácil...

Alain: Tú eres capaz de callarte. A pesar de todo, eres capaz de hacerlo.

Deleuze: Y no, ya ves que no soy capaz...

Alain: Pero tu estás solicitado... Estás solicitado por la presencia del Comité Central.

Deleuze: Cada uno de nosotros es llamado en nombre del Comité Central, cada uno de nosotros tiene a alguien que vendrá a decirle: “Anda, toma la palabra”. No es fácil decir: “Pero no, no tengo nada que decir”. Es formidable llegar a decir “no tengo nada que decir”.

Alain: No respondes a mi pregunta, Gilles.

Deleuze: Escúchame, la he enriquecido con una pregunta suplementaria [*risas*]... Es la mejor respuesta. Por mi parte, digo que tu problema no encontrará solución si el mío no la encuentra.

Alain: Estoy completamente perdido sin Félix...

Deleuze: Yo estoy completamente perdido sin Félix [*risas*]... Espero que él también lo esté [*risas*].

(C1, 327-329)

*

Hay un cuchillo. Es una cosa. Lo percibo, puedo recordarlo, puedo imaginarlo, etc. En tanto portador de acción, puede hacer muchas cosas. Puede cortar pan, puede matar una persona... ¿Qué más puede hacer? Bueno, no está mal para empezar: cortar pan o matar una persona. Todo eso se comprende. Imagen-cosa: el cuchillo está ahí, sobre la mesa. Imagen-percepción. Lo tomo y dudo, me digo: “¿Voy y mato o no? No, mejor corto pan” [*risas*]. (C2, 133)

*

Les propuse otro tipo de letanía, un tipo de letanía más moderna, más secta a la americana, en la que todo se escandiría bajo el filo del cuchillo [*risas*]... hasta que se comprenda algo: el zen. Entonces estaríamos sobre el filo del cuchillo. Y luego se terminaría, les daría un cuchillazo de acuerdo con la técnica zen. A todos. Es formidable, piensen en eso. Para la próxima vez traeré un cuchillo para pan [*risas*]. (C2, 136)

*

Habría una palabra que parece extraña, una palabra que emplean los brujos. Les digo esto porque es delicado... ¿Puedo siquiera escribirla? ¿No hay que escribirla? [*risas*] Sería la palabra *vult*. Todos esos pedazos sueltos, todos esos fetiches empleados por los brujos serían *vults*. Es una bella palabra. Tendría entonces fetiche con los dos polos: reliquia y *vult*. ¿Esto Peirce no lo pensó! [*risas*] ¿Qué sería *vult*? Según el diccionario hay en latín un *vultus*. [...] Pero

en fin, si algo me sucede en la semana... [*risas*] será porque dije la palabra que no había que decir. La borro porque no tiene que quedar ahí... Normalmente es un inocente el que muere por haber visto la palabra. [*Mientras borra*] De repente esto me produce una impresión extraña... [*risas*] ¿No debí decirla? ¿Puede borrarse? [...] ¿Qué hora es? ¡Uf! ¿Descansamos cinco minutos? No se vayan muy lejos. Les aseguro que me siento mal desde que dije esa palabra [*risas*]. (C2, 230-231)

*

Y aquí vuelvo a encontrar a los americanos. A London, que era un verdadero alcohólico, uno de los más auténticos. Han tenido una época de grandes alcohólicos. No sé lo que sería de la literatura americana sin los grandes alcohólicos [*risas*]. No hubiera existido. Hay que hacerles justicia. La literatura americana no hubiera existido. Veo inmediatamente a Edgar Poe, a Fitzgerald, a Faulkner, a Jack London... Y luego todos aquellos que lo eran y yo no lo sé, que bebían a escondidas [*risas*]. (C2, 264)

*

Conozco un alcohólico que es mi favorito. Es un alcohólico de pueblo, es un tendero. Está completamente borracho desde que abre su almacén a las ocho. Se dan cuenta, no es poca cosa vivir así... En fin, sucede. Y cuando lo veo es una vergüenza, porque le tengo una compasión real y una estima muy grande y al mismo tiempo no puedo evitar bromear. Pero es repugnante que pueda bromear porque muestra que participo de su alcoholismo por un rodeo: yo también pretendo haber visto el fondo de las cosas. Lo cual es propiamente inmundo... No tenía esta historia en mis planes... Me metí donde no debía [*risas*]. Pero lo he visto solo en él. En ese estado de perfección lo he visto solo en este hombre. A cualquier cosa que le digan, responde con una risa. Pero con una risa que ya no tiene nada de humana. Es una especie de carcajada para nada hostil, para nada agresiva. No es agresividad. Es una risa tan extraña, tan extraña: “Detrás de lo que dices, de aquello de lo que hablas, veo algo”. ¿Y

qué es ese algo? Fundamentalmente una potencia malvada. No es que sea iracundo, para nada. Le digo: “Lindo día”. Y él hace: “¡Ja, ja!”... [risas] No puedo imitarlo. Y no es del tono: “Pobre tonto, crees que es un lindo día pero no lo es”. No es eso lo que quiere decir. Es: “De acuerdo, está lindo, ¿y después? ¿Qué veo detrás de ese ‘está lindo’? ¿Qué es esa mascarada?”. Le digo: “¿Cómo están tus hijas?”. Y allí llega a la cima de su carcajada... [risas] que no tiene que ver con la ingratitud de las hijas por relación al padre, es una carcajada cósmica... “Mis hijas... yo vi, yo fui hasta el final”. (C2, 264-265)

*

Retomo mi ejemplo grotesco de devenir calvo. Pierdo cabello pero todavía no importa. No hay salto cualitativo porque lo pierdo de vez en cuando... Es preciso que se precipite. Allí comienza a ser interesante. Se cae de a mechones, cada vez es mejor... ¡Estupendo! [risas] Allí se vuelve muy, muy interesante. Surge la nueva cualidad: “soy calvo”. (...) Se trata de la famosa segunda ley de la dialéctica: cómo la cantidad se transforma en cualidad. (C2, 540, 311)

*

Segundo punto del orden del día: ¿fumar o no fumar? [risas] Respirar el humo de los otros es tan poco sano como fumar. Respirar el humo de los demás es terrible, terrible... También para el fumador. Por eso solo tengo una solución: fumen, pero de a uno [risas]... Pero uno se da cuenta de que es siempre el mismo, así que tampoco funciona. Así que paren de fumar. Tendría que ser costumbre que... no digo uno solo, pero que cuando quince se desmoronen al mismo tiempo, nos detengamos y que vayan a fumar al patio así se recuperan. Todas las combinaciones están permitidas. Pero tengo que señalar que los que protestan contra el alto nivel de humo en este salón, no lo hacen evidentemente por maldad, ni por mal carácter, sino por una reacción física de pánico. Así que respétenlos... Ya que el fumador, en cambio, no es respetable [risas]. (C4, 562-563)

*

Tengo un mundo, un departamento, donde Adán no ha comido del fruto. Es feliz, no trabaja, tiene muchos niños muy buenos, etc. [*risas*] Y ha permanecido en plena concordia con Dios. Tengo otro departamento donde comió un pedazo del fruto y lo escupió inmediatamente [*risas*]. Dios le dijo: “¡Adán!”. Pero lo perdonó. Tuvo una mitad de niños bien y una mitad de niños menos bien... Pero en fin, se solucionó [*risas*]. Es un segundo departamento de Adán. Luego un tercer departamento, donde comió del fruto, donde se rebeló contra Dios, y uno de sus niños asesinó al otro. Tuvo que trabajar. Y el asesino, perseguido, comenzó una larga, larga errancia. Es un tercer departamento de Adán. Hay una infinidad de Adanes posibles. (C3, 90-91)

*

[Clement Rosset] habla del rock. Me digo entonces que tomemos la sucesión de los cantantes norteamericanos: los *crooners* y los *rockers*. Hay algo que me molesta mucho en eso. Los *crooners* son simples, es la canción ritornelo, es el pequeño ritornelo. Yo diría que la llegada de los *rockers* fue evidentemente la imposición de un galope. Y es normal, ya estaban hartos, ya no se aguantaba más el ritornelo. Pasaron al galope. ¿Pero qué es lo que no funciona? Miro mi diccionario inglés –esto para decirles que hay que hacer búsquedas–. ¿De dónde viene rock, *rock*? Porque yo me decía que estaba bien: las piedritas caen rodando, es un galope de piedritas [*risas*]. Pero me entero de que, en rigor, no viene de piedritas. Viene de un *rock* totalmente distinto, que es la mecedora [*rocking chair*], el movimiento de balancear. Entonces ahí ya no entiendo nada. ¿Por qué los *rockers* se llamaron a sí mismos los mecedores, si ellos se oponían a los *crooners*, que eran los verdaderos mecedores? Hay algo que no está claro. Es un escándalo, porque es una objeción muy seria. Pero hay que salir adelante. ¡Es dramático! ¡Me molesta! Olvidémoslo, pero me gustaría que ustedes me encuentren una manera de salir adelante con esto. (C3, 509-510)

*

Sería un buen tema de tesis: la diferencia entre el alcohólico ruso y el alcohólico norteamericano en las dos literaturas [risas]. No son para nada igual, ¿no? Una vez dicho que ambos beben mucho... No como los franceses... Ni quiero hablar de los japoneses con el sake, eso es una catástrofe... [risas]. Y bien, se puede hacer una tesis: el alcohólico en la literatura comparada mundial. Y el ruso tendría un lugar de excepción. (C3, 550)

*

¿Qué niño no ha hundido sus pulgares en sus ojos hasta producir esas maravillas en las que hay un nacimiento de los colores, una génesis de los colores? En mi recuerdo, para llegar al violeta había que ir muy lejos... [risas]. [...] Soy el productor del fosfeno mediante mis pulgares. [*Comienza a hacerlo*] ¡Vaya! ¡Ya lo tengo! [risas]. Puedo describirlo, va muy... ¡Oh! [risas] ¡Es estupendo! Tuve uno muy bello pues había una bolita de oro... [risas] Pongamos que mi ojo está aquí [*dibuja en el pizarrón*], y aquí la bolita de oro, que se ha convertido como en cuadros de un mantel, una red. Quizás varía de acuerdo a los individuos, según los estados de los ojos, es muy posible. ¿Podré obtener el violeta? [*vuelve a hacerlo/risas*] Ahí volvió a empezar... ¡Maravilloso! Ahora estalla en puntos pequeños y grandes... Pero varía completa... ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Rayas, rayas! [risas] ¡Estrías!... Ahora nada cambia... ¡Oh! ¡Eso fue extraordinario! Son como burbujas... Sí, llegada de burbujas, burbujas de agua, de gas... que explotan en una superficie, que es la superficie de mi ojo. ¿Qué más? Sigue... ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Cambia! Esto además te hace dar vueltas la cabeza. Ya no veo nada... Los veo a ustedes como fosfenos, son encantadores [risas]. (C3, 670-672)

*

Dice [Lawrence] que el problema de Cézanne era que si había comprendido de tal manera el carácter manzanesco de la manzana, no había comprendido tanto, por ejemplo, el carácter mujeril de las mujeres. Hay una página maravillosa en la que Lawrence dice: “Bah, esas mujeres las pinta como manzanas, y es así como se las arregla”. La señora Cézanne es una especie de manzana. Eso no quita que sean cuadros geniales. Y Lawrence dice que es ya formidable si al final de su vida alguien puede decir, como Cézanne: “He comprendido la manzana y uno o dos vasos” (P, 63)

El texto que más disfruto de todo el psicoanálisis es un comentario de Jung. “Freud era raro”, dice. Y Jung lo conoció muy bien [*risas*]. “Un día le cuento un sueño. Había un osario”, dice Jung. Y Freud le desmenuza su sueño y dice: “Las cosas no andan bien, mi pobre Jung” [*risas*]. Freud dice que se trata de la muerte de la madre. No se esforzó mucho... [*risas*]. Y Jung ahí está perfecto, le dice: “¡Un osario, Freud, era un osario! Entiéndame: ¡un osario! ¡No era un hueso! ¡Miles de huesos! ¡El “se” del hueso!” [*risas*]. Freud se caga literalmente en eso: un osario y un hueso nunca han hecho la menor diferencia. Cuando hay un hueso, es el de tu madre, una persona. Cuando hay 10.000 huesos, es mucho más complicado, ¿no? Es otra cosa, ¿no? (F3, 19)

*

Es como la carta donde un tipo decía: “Quiero ir con un grupo hippie”. Para mí eso quiere decir algo muy preciso: “Quiero producir el inconsciente, estoy atascado en un medio donde es imposible cualquier producción del

inconsciente”. Puede ser que el tipo se equivoque, pero no es esa la cuestión. Un esquizoanálisis parte en esta dirección: ¿por qué él quiere producir el inconsciente en ese sitio, cómo va a producirlo, etc.? Su analista le dice: “Grupo hippie = grueso pipi [*groupe hippie = gros pipi*]. Eres impotente, se trata siempre del tema de tu impotencia”. Vemos entonces los daños radicales, los daños repugnantes de la máquina de interpretación. El tipo no tiene ninguna oportunidad de salirse, no puede tener un enunciado. Cuando un tipo le dice a alguien que quiere ir a un grupo hippie y el otro le responde que siempre se trata del tema de su impotencia, e incluso de la castración, ya estamos perdidos desde el principio. (D1, 260-261)

*

La máquina de interpretación es constantemente alimentada en la relación amorosa. Cuando hablaba de la relación conyugal no me refería solo a una cuestión de marido y mujer, no basta con no estar casado para evitarla. El Movimiento de Liberación de las Mujeres, el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, están llenos de relaciones conyugales, las comunidades libres secretan la relación conyugal. Empleo relaciones conyugales exactamente como sinónimo de la relación de interpretación o de la relación significante en la que cada uno se pregunta del otro: “¿Qué es lo que yo pienso que él piensa que yo pienso, etc., etc.?”. En fin, se trata de lo que Laing llama muy acertadamente “nudos”. Desde que hay un nudo, hay un ángulo de significancia, algo por interpretar. – “Tienes ese pliegue en la esquina de la boca, estás de mal humor. ¿Por qué estás de mal humor?” – “¡No, no, no estoy de mal humor!”. El colmo de la interpretación se da cuando el psicoanalista no dice una palabra. El tipo se va diciendo: “¡Qué buena sesión la de hoy!”. Se me cuenta que hay sujetos que han vivido un mes, seis meses, dos años analizándose sin que el analista diga una palabra. (D1, 224-225)

*

Distingo de entrada un estrepitoso desprecio por el paciente, un desprecio insoportable. ¿Por qué el paciente está definido por “una articulación chupeteante, mordisqueante y obscena”, mientras el analista se pretende una voz clara, luminosa e inteligente? El tipo habla de Bouches de Rhône y el analista, pura delicadeza, dice: “Bouches de Rhône = boca de la madre”. La máquina de interpretación le impide al tipo tener el menor enunciado. Más abajo el comentario del analista es de una ingenuidad conmovedora, porque él advierte que el tipo está completamente fastidiado: “Nauseado – estaría tentado de decir– el paciente se detiene”. Sin incomodarse en absoluto, el analista traduce: “Está nauseado, no por la enormidad de lo que acabo de decir, sino por la perspicacia de lo que acabo de decir”. (D1, 261)

*

¿Qué hace entonces una disciplina tan admirable como el psicoanálisis?
[risas] (C2, 163)

[...] una perversión fantástica, por desgracia caída en el olvido, la de los cortadores de trenzas [*risas*]... que tuvo en cierto momento un gran éxito en el metro. Eran individuos innobles que se deslizaban detrás de las jovencitas de bellas trenzas y se las cortaban. Y digo esto porque cuando leí, con entusiasmo y al mismo tiempo el más puro horror moral [*risas*], quedé estupefacto frente al hecho de que Krafft-Ebing, que había visto todo, que conocía todo, que era perito de los tribunales, etcétera, conserva una sangre fría imperturbable frente a las cosas más inmundas, frente a casos de sadismos que los harían estremecer, o los masoquistas... Apenas se puede leer, es insoportable [*risas*]. O las personas que desentieran cadáveres... ¡Abominaciones! ¡Horrores! ¡Horrores! ¡Horrores! Entonces Krafft-Ebing ha visto todo, pero luego hay un momento en que se quiebra. Eso es prodigioso: el psiquiatra colapsa. Como que nunca se puede decir: “yo puedo soportarlo todo”. Él ha soportado todo, los destripamientos, las extracciones de vísceras, todo eso. [...] Luego, de repente, pierde los estribos. Cuando habla de los cortadores de trenzas [*risas*] ya no entendemos nada, pues empieza a decir –cito porque quedó grabado en mi memoria para

siempre [*risas*]— que “estos individuos son tan peligrosos que hace falta atraparlos a cualquier precio y retirarles la libertad”. (F1, 108)

*

Ahora escuchen, terminen de reírse. Porque todo esto era para divertirse. Ahora comienza lo difícil. Va a ser un poco duro, pero no es nada... Les hablo como hablan los dentistas [*risas*]. Va a ser un poco duro pero después andará muy bien. (C2, 410)

*

¿Qué es el ritornelo? Está ligado a la ronda, al rondó, al canto de las aves. Félix y yo nos hemos ocupado mucho, en un momento, del canto de las aves. ¡Cómo trabajamos con eso! Ya no aguantábamos más el canto de las aves... A partir de ahí, ya no soporto oír un ave... [*risas*] Se trataba sobre todo de nociones técnicas. Es muy técnico el canto de las aves. En un momento supimos mucho sobre eso, pero yo me olvidé todo. (C3, 501)

*

Tenemos toda la serie de las imágenes profesionales de venta de zapatos, con lo que representa en el comercio... Debe ser una de las cosas más cansadoras del mundo, y donde los clientes son más insolentes. Es un negocio muy duro la venta de zapatos. Si tuviera que ser vendedor en algún lado, preferiría cualquier cosa antes que la tienda de zapatos. Me parece abominable, la abominación para las vendedoras... Es lo peor, lo peor... Evítenlo. Hagan cualquier cosa, pero no vendan zapatos [*risas*]. (C4, 321)

*

A Marguerite Duras la cuestión que le interesa no es sepultar, sino que le interesa mucho más lo que el mar borra. No es lo mismo. Están los

sepultureros de tierra y los borradores de mar. Marguerite Duras es una gran borradora de mar. Estaría bien imaginarse a Straub y Marguerite Duras de niños, en la playa [risas]. Los dos hacen un lindo castillo. Marguerite Duras espera a que suba la marea y va a filmar eso. Los Straub van a arrojarse sobre el castillo antes de que llegue la marea, volverán a meterlo en la tierra... ¡acto de resistencia! (C4, 803)

*

(...) Pero Duras agrega, y es lo que a mí más me hace reír, a los viajantes de comercio [risas]. ¿Por qué los vendedores están ahí? Lo digo para que retengan al menos algo de este año [risas]. Dice que los vendedores están en una situación peor que la del subproletariado. ¿Por qué? Porque no se supone que el proletariado, e incluso el subproletariado, hable como el patrón. Ven que retornamos al acto de habla. Un obrero especializado de Renault puede decir: “¿Saben? ¡Los Renault son una mierda!”. Ni siquiera lo podrán echar si hace panfletos. Si los distribuye a la salida de la fábrica, puede decir: “¡Es horrible, nunca compren un Renault!”. No está obligado a hablar como el patrón, que según Marguerite Duras es la humillación suprema. No solamente trabajar, sino tener que hablar como el patrón y que eso sea el trabajo [risas]. Decir: “Este producto es el mejor”. De allí su página brillante, donde dice que los vendedores son realmente los condenados de la tierra y que son el verdadero subproletariado. Están apresados en una especie de situación tal que hay en ellos una violencia comprimida. ¡Dense cuenta! El tipo que debe convencer a alguien de algo de lo que él mismo no está convencido... Ya es difícil querer convencer cuando uno está convencido, vean mi situación... Esa es la situación del profesor... O del abogado... No, el abogado no está convencido. En fin, es la triste situación del profesor, por lo cual forma parte de un honesto subproletariado [risas]. ¡Convencer de lo que uno está convencido! ¡Qué tarea! Nos dan ganas de callarnos, aunque sea para convencer de lo que uno está convencido. Pero a pesar de todo, es una buena situación en

comparación con la del viajante de comercio [*risas*]. ¿Hay profesores que son comerciantes? ¡No, no es posible, no hay! (C4, 807)

*

Hay personas que cultivan la tristeza. Esa denuncia va a recorrer la *Ética*. Hay personas que son tan impotentes... Son esos los peligrosos. Son esos los que toman el poder. Y tan lejanas son las nociones de potencia y de poder. Las personas del poder son impotentes que no pueden construir su poder más que sobre la tristeza de los otros. Tienen necesidad de la tristeza. En efecto, no pueden reinar más que sobre esclavos, y el esclavo es precisamente el régimen de la disminución de potencia. Hay personas que no pueden reinar, que no adquieren poder más que por la tristeza e instaurando un régimen de la tristeza del tipo “¡Arrepiéntanse!”, del tipo “Odien a alguien y si no tienen a nadie, ódiense a ustedes mismos”, etc. Todo lo que Spinoza diagnostica como una especie de inmensa cultura de la tristeza, de valorización de la tristeza. Todos los que les dicen: “Ah, pero si no pasan por la tristeza, no progresarán”. Ahora bien, para Spinoza eso es la abominación. Y si él escribe una ética es para decir: “No, eso no, todo lo que quieran, pero eso no”. (S, 249-250).

*

Griffith es un gran humanista... salvo cuando se trata de los negros [*risas*]. (C2, 309)

*

Me vino un recuerdo... Una pareja francesa de físico-matemáticos, discípulos de de Broglie, que representaban como una especie de escena conyugal epistemológica, pues el marido era uno de los mejores axiomatistas y la mujer era intuicionista. Tenían mucho, mucho talento... Se divorciaron [*risas*]. (D2, 303)

*

Hace mucho tiempo que se ha señalado que el acto de nacimiento era una separación. Nos separamos de la madre. Muchos de nosotros no lo superamos [risas]. Un primer corte. Luego somos niñitos, es el dispositivo familiar. ¿Y qué le dirá el padre furioso al niño cuando no se porte bien? “Ya no estás adentro de tu mamá”. Hay pocos padres que lo dicen, pero hay muchos que lo piensan. Después aparece más nítidamente. El niño va a la escuela. ¿Qué le dice la maestra? “Ya no estás en tu casa, ya no estás en familia. ¿Dónde te crees que estás? ¡No es tu casa!”. Nueva separación. Y no termina, después vamos al ejército. ¿Qué se nos dice en el ejército? “Ya no estás en la escuela. ¿Dónde te crees que estás? ¡No estás en el liceo, ya vas a ver!”. Y uno creía haber llegado al final de las penas, pero viene la fábrica: “¿Dónde te crees que estás?”. En cada momento se nos pregunta: “¿Dónde te crees que estás?”. Y para terminar, la prisión: “¿Dónde te crees que estás? ¿En casa de mamá? ¡Vas a ver! [risas] ¿Te crees en la escuela? Esto no es la escuela. ¿Te crees en el ejército? ¡Ja, ja, el ejército no es nada! ¡Vas a ver, te vamos a enderezar!”. (F2, 161)

*

En fin, padres incestuosos. En el campo los hay retrasados, no mucho, un poco retrasados. Y el día en que llegan los gendarmes, ni siquiera comprenden: “Estoy en mi casa, ¿qué me reprochan? ¡Uno ya no puede hacer lo que quiere en su casa!? ¡Es mi hija!”. Y se le dice: “Justamente, es tu hija...” [risas]. Pero él no ve, no ve muy bien lo que hay de espantoso. Para él no hay nada espantoso. Nada. Es Chéjov. Las novelas de Chéjov son importantes en la literatura. Y Foucault está muy próximo a la concepción de la infamia a la Chéjov. Hay una novela de Chéjov que cuenta únicamente la historia de un campesino que se la pasa sacando bulones de los rieles porque los necesita para ponerle peso a su línea cuando pesca. Entonces los gendarmes están hartos, se lo detiene cada dos meses y nunca comprende. Entonces presentan al tipo, al campesino, ante el tribunal, y el juez le dice:

“Pero escucha, date cuenta, puedes hacer descarrilar un tren a fuerza de quitar los bulones así”. Y el otro se ríe: “¡Oh, no, Señor presidente!”. Quiere bromear con el señor Presidente: “Por sacar un buloncito, yo nunca hice ningún daño”. ¡No entiende nada! (F1, 225-226)

* * *

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- S:** Gilles Deleuze, *En medio de Spinoza*, tercera edición, Cactus, Buenos Aires, 2019
- D1:** Gilles Deleuze, *Derrames entre el capitalismo y la esquizofrenia*, segunda edición, Cactus, Buenos Aires, 2021
- D2:** Gilles Deleuze, *Derrames II. Aparatos de Estado y axiomática capitalista*, Cactus, Buenos Aires, 2017
- K:** Gilles Deleuze, *Kant y el tiempo*, Cactus, Buenos Aires, 2008
- P:** Gilles Deleuze, *Pintura. El concepto de diagrama*, segunda edición, Cactus, Buenos Aires, 2021
- C1:** Gilles Deleuze, *Cine I. Bergson y las imágenes*, Cactus, Buenos Aires, 2008
- C2:** Gilles Deleuze, *Cine II. Los signos del movimiento y el tiempo*, Cactus, Buenos Aires, 2011
- C3:** Gilles Deleuze, *Cine III. Verdad y tiempo. Potencias de lo falso*, Cactus, Buenos Aires, 2014
- C4:** Gilles Deleuze, *Cine IV. Las imágenes del pensamiento. Automatismo, semiótica, y actos de fabulación*, Cactus, Buenos Aires, 2023
- F1:** Gilles Deleuze, *El saber. Curso sobre Foucault. Tomo 1*, Cactus, Buenos Aires, 2013
- F2:** Gilles Deleuze, *El poder. Curso sobre Foucault. Tomo 2*, Cactus, Buenos Aires, 2014
- F3:** Gilles Deleuze, *La subjetivación. Curso sobre Foucault. Tomo 3*, segunda edición, Cactus, Buenos Aires, 2020
- R:** Gilles Deleuze, *Curso sobre Rousseau. La moral sensitiva o el materialismo del sabio*, Cactus, Buenos Aires, 2016



Esta edición se terminó de imprimir en Virá Servicios Gráficos Multimedia,
Uruguay 2887, Victoria, Buenos Aires, Argentina, en el mes de septiembre de 2023.



gilles deleuze
[RISAS]

FUERA DE CONTEXTO

editorial
Cactus

2003-2023

Corría el año 2003 y una runfla de traductores a la bartola, autopercebidos editores hacía 2 días, trabajaban en la publicación de las clases que dictó Deleuze sobre Spinoza. Enfrentaban un problema acuciante: ¿no se entienden los chistes! Y Deleuze hacía muchos. La frase oral, separada de su boca, su tono, su mueca, de la reacción de su auditorio, perdía todo sentido al transcribirla. Así, por necesidad, la notación teatral invadió un libro de filosofía serio: *[risas]*.

[risas] marca la irrupción del afuera en el adentro del discurso del filósofo: recompone unos gestos, la presencia vibrante de los cuerpos afectados, el vínculo de seducción y de complicidad, los tropiezos, la vida misma, con sus borrachos, sus peleas matrimoniales, sus vendedores de zapatos, o sus sacerdotes. El arte de una filosofía para y de no-filósofos, del que se enamoró aquella runfla no-filósofa, se expresa en *[risas]* mejor que en ninguna otra cosa.

Celebrando su vigésimo cumpleaños, Editorial Cactus obsequia esta antología de fragmentos que se publica por primera vez en castellano, *[risas]*, tomada de 11 libros, 5188 páginas, durante 20 años, y que constituye un extracto concentrado de lo que más ama de la filosofía: *[risas]*.

